

Le17-93  
8 copias

RODOLFO WALSH

ESE HOMBRE  
Y OTROS ESCRITOS PERSONALES

EDICIÓN A CARGO DE DANIEL LINK

Seix Barral  Biblioteca Breve

Diseño de cubierta: Carolina Schavelzon  
Diseño de interior: Alejandro Ulloa

© Herederos de Rodolfo Walsh, 1996

Derechos exclusivos de edición en castellano  
reservados para todo el mundo:

© 1996, Editorial Planeta Argentina S.A.I.C.

Edición autorizada para Compañía Editora Espasa Calpe Argentina S.A. /  
Seix Barral

Primera edición en esta biblioteca: marzo de 1996

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

ISBN 950-731-141-6

Impreso en la Argentina

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

*Los papeles de Rodolfo Walsh que a continuación se presentan constituyen un diario o un cuaderno de bitácora fragmentario. Gran parte de esos papeles, los archivos, los cuentos en los que trabajaba, sus anotaciones, fueron robados por el grupo de tareas que "allanó" su domicilio, en San Vicente, el 25 de marzo de 1977.*

*Prácticamente veinte años después de su desaparición, que pretendió ser también la desaparición de su obra, Walsh merece la justicia de esta restitución, que es la restitución de sus temas y preocupaciones, de una manera de pensar la literatura, pero sobre todo, de su historia y de sus textos.*

*En lo que se refiere a una biografía de Walsh, proyecto que se impone cada día más como una necesidad histórica, se encontrarán aquí materiales especialmente significativos para el período que va desde 1962 a 1972. Entre ese año y los textos milagrosamente rescatados de la Escuela de Mecánica de la Armada, hay un gran laguna que deberá completarse con testimonios orales. En lo que se refiere a su producción escrita, estos papeles resultan sorprendentemente iluminadores. La dificultad para leer la obra de Walsh como una totalidad más o menos organizada desaparece a la vista de sus propias observaciones. El periodismo, la ficción, la política, todo*

Legislatura: Perú y Moreno, 297. En las cercanías, la esquina del Museo (?) y la esquina del mercado (?), 289, 290

*Se incluye a continuación un relato inédito de Rodolfo Walsh. A diferencia de los otros fragmentos literarios incluidos en este volumen, presenta particularidades que justifican su presentación por separado. Walsh trabajó durante años en este relato que ha sido ahora reconstruido a partir de las versiones incompletas que pudieron rescatarse del saqueo de su casa en San Vicente.*

*La versión de "Ese hombre" que aquí presentamos surge del cotejo de las seis versiones conservadas (todas ellas incompletas), que ocupan 25 páginas mecanografiadas, fechadas entre el 2.3.68 y el 21.6.72. Algunas dudas se resolvieron cotejando este cuento con "Esa mujer", relato con el cual se relaciona temática y formalmente.*

*El cuento se presenta sin ninguna anotación dado que la complejidad de los originales requiere un aparato crítico inadecuado para una edición como ésta. Próximamente aparecerán todas las versiones de los relatos, de modo que el estudio de sus variantes dé una idea clara de lo que Walsh entendía por escritura y, por lo tanto, por literatura.*

## ESE HOMBRE

El guardia civil pregunta el nombre, consulta su lista, abre la puerta del parque. El tenue sol madrileño quita de las rodillas la lluvia de París, funde la nieve de Praga.

En la casa me recibe el secretario discreto, urgido por irradiación cotidiana. Yo sé que debería estar observando los detalles pero no veo más que la alfombra, el artesonado, la penumbra de la sala donde en seguida aparece el Viejo, su voz tranquila. Me estaba esperando.

Sigüe alto y erguido, indestructible. Se agacha un poco para darme la mano.

—Lo estaba esperando —dice.

—Tenía muchos deseos de conocerlo —aseguro.

Todo es claro y ordenado en su despacho: libros en los anaqueles, un Martín Fierro a caballo, el banderín argentino, Juan XXIII bajo el vidrio del escritorio.

Cuando se sienta, veo por primera vez la desollada cara del Viejo, la cascada de venitas rojas que no aparece en las fotos o que las fotos olvidan, lo mismo que uno.

—¿Café? —dice—. ¿Coñac?

Ofrece Winstons, se inclina hacia adelante para dar fuego con el encendedor de oro. Tal vez me he quedado dormido en alguna butaca de algún aeropuerto en alguna indescifrable escala nocturna y este sueño preocu-

pado es una broma del cansancio. Pero el Viejo está allí, veo el traje pizarra, el pulóver rojo, las ideas que se ordenan en su cara, la embellecen, escucho la voz persuasiva que habla del mundo, sus grandes movimientos circulares, sus leyes inmutables.

—A los imperios no los derriba nadie —dice—. Se pudren por dentro, se caen solos.

Solos, pienso.

Parece que adivina.

—Cuando alguien los empuja —dice, recuerda—. En este continente yo los he enfrentado —dice, anulando de un golpe la distancia, regresando o no partiendo nunca, clavado a este continente que no es éste, no es la muchacha que vuelve y sirve el coñac y sirve el café.

—Café sin cafeína —dice el Viejo—. Es más sano. Mire Vietnam —dice.

Miro Vietnam: sonrisas ambiguas, pisadas nocturnas en la selva húmeda, espaldas maternas cargando obuses, una bandera roja flameando sobre Hué bajo una lluvia incesante de napalm.

—Los militares yanquis —explica— son muy brutos, no leen la historia, creen que la guerra se gana con el ejército.

Otra vez el gesto circular abarca las edades, los pueblos, el orgullo pisoteado, Roma se derrumba en el espejo de la memoria y la voz del Viejo parece que gozará.

—Líneas de abastecimiento. Lo sabe un cadete.

Toma su café sin cafeína.

—Ya no les quedan amigos en el mundo —dice.

—Si éstos se salvan —dice— será porque tienen dos océanos de por medio.

—Pero a usted lo derrocaron.

—A mí me derrocó la Sinarquía —aclara—. Después vinieron a buscarme. Los yanquis —dice, rememora—. Cuántas veces.

—Y usted.

Me pregunta si conozco el cuento del vasco. Escucho

el cuento del vasco, rodeado de parientes, que no quería firmar el testamento. El índice del Viejo va y viene despacio sobre el índice izquierdo, preparando la pregunta, la pausa, el corte de manga, su porfiada respuesta. Y ahora no sé cuál es mi risa, cuál es la suya, la del Papa Juan divertido a su modo en el cromo.

El círculo pulsa, se achica, se concentra. El Viejo desliza sobre el vidrio una caja taraceada de tabacos. Tomo uno, lo hago girar entre los dedos, aspiro su lejano aroma.

—Me los manda Fidel —dice el Viejo—. Cómo están por allá.

—Siempre preguntan por usted.

Es cierto: siempre preguntan por él.

—Esperaban su visita —digo.

—Me hubiera gustado ir —suspira—. No ha llegado el momento. Usted sabe, había que pasar por Moscú.

El periódico sigue inmóvil sobre el escritorio, con sus terremotos, naufragios, sobresaltos del oro, el nuevo récord de Iberia: seis horas, treinta y dos minutos, vuelo directo. No veo las manos del Viejo, tal vez el índice derecho sigue moviéndose despacito sobre el izquierdo, debajo de la mesa, una broma conjunta que podemos apreciar.

El círculo ha vuelto a crecer, las costas se dilatan, la selva. América. Ahora hablamos de los muertos. El Viejo guarda la caja de tabacos, saca un libro abierto en la dedicatoria de "un adversario que evolucionó", la firma brevísima del gran muerto reciente<sup>271</sup> cuyas cenizas llueven sobre mil ciudades, que anda por ahí asomado a las cocinas, a los dormitorios, probando el caldo de las ollas, creciendo en los huesos de los chicos.

—Tenía el fuego sagrado —dice el Viejo—. Lástima

<sup>271</sup> En versiones previas el nombre del Che aparecía explícitamente: "Che, dice la firma", "la firma brevísima del Che".

que no trabajara para nosotros —y la cara se le nubla de pena, desconcierto, quién sabe.

—Él pensaba que había que apurarse.

—Sí; pero ya ve.

—Porque ellos creen que Vietnam se acaba, y que después caerán sobre ellos, sobre nosotros —digo—. Por eso estaban apurados.

—La guerra es larga —responde sin apuro.

Vuelvo a mirarlo como si yo fuera el Viejo y él tuviera un largo futuro por delante.

Si él quisiera, pienso.

La puerta se abre sola. Un fognazo de alegría alumbraba la cara surcada de venitas del Viejo, que se para, avanza hacia el perro lanudo que entra en dos patas. Yo miro el despliegue de mimos y festejos que corta las preguntas, acaso la entrevista.

Pero el Viejo vuelve, se sienta.

—Otro café —dice.

De la manga del saco sale otra anécdota, como otro conejo. Cada vez que el general Roca recibía al embajador boliviano, ponía dos sillas. Una para el embajador, otra para la mala fe.

—Yo le mandé decir que tuviera cuidado, que desconfiara de esa gente. No era tiempo.

—Cuándo entonces —digo.

—Yo he esperado mucho.

Tal vez lo estoy fastidiando, acaso va a mirar su reloj, usar un pretexto que no necesita, la mujer que atravesó el Atlántico para conseguir su dedicatoria en una foto, el dirigente que aguarda en la sala su epifanía de palabras lejas, vestales con pinta de herederos, tahúres de doble entraña, empresarios dispuestos a compartir las pérdidas, terratenientes a socializar los caminos, clérigos a repartir el reino de los cielos, gorilas convertidos.

El arresto del último general que casi se subleva flota sobre los pocillos de café sin cafeína.

—Es un buen muchacho —sugiere—. Le voy a contar un chiste —sugiere.

Las once de la mañana entran por el ventanal, aclarando la sonrisa.

Un empresario americano fue a Brasil, donde querían comprar petróleo; fue a Kuwait: querían vender petróleo; a Grecia: les propone transportar petróleo. Armó el negocio, se quedó con la mitad. Los otros le preguntaron: ¿Pero usted qué pone?

—“¿Cómo qué pongo?”, dijo el empresario —dice el Viejo—. “Yo pongo el Atlántico”. Con este muchacho pasa lo mismo. El ejército pone las armas. Nosotros ponemos la gente. ¿Y él qué pone? ¿La patria?

Risas. Imposible no reír cuando el Viejo cuenta un chiste, porque lo cuenta muy bien. Pero consigue que el cotejo con la realidad parezca un segundo chiste, mejor que el primero.

Ahora sí, ha mirado su reloj. De golpe entiendo que he pasado horas sumergido en la envolvente conversación del Viejo, como quien escuchara a cualquier padre, y que al salir estaré caminando por una calle de Puerta de Hierro, de Southampton, de Martín García, con todas las preguntas sin hacer.

—Esa mujer —digo.

*Relación con "Esa mujer"*

Su cara es gris. Una muralla.

—Creo que la quemaron —dice.

—No la quemaron —fantaseo—. Está en un jardín, en una embajada, de pie, una estatua bajo tierra, donde llueve —digo. Llueve siempre, pienso, y ella se pudre.

—Puede ser —su cara es más remota que nunca—.

Algún día se sabrá.

—Y los otros muertos —quiero saber—. Los fusilados, los torturados.

Un ramaje de la vieja cólera circula por su cara, relámpago entre nubes.

—El pueblo pedirá cuentas.

—¿Cuándo?

—Algún día. Saldrá a la calle, como el 56, el 57.

—¿Por qué no ha vuelto a salir?

—Porque yo no he querido —dice.

—¿Cuándo, general, cuándo?

El mundo

América (Che)

Argentina - Cuba - Bolivia - el Che

Finalmente es la Argentina, es él, es el futuro.

¿Qué debe quedar en pie?

Que el hombre no es ni puede ser lo que otros quisieran que fuera.

Que aunque las cosas que el hombre diga sean conciliables con el Sistema, él en contacto con el pueblo deja de serlo.

Que el hombre duda entre las distintas formas del poder.

Que el hombre sufre con su exilio.

Que el hombre tiene una actitud casi china ante el tiempo: la paciencia.

Que el hombre es un criollo viejo, ladino, cortés.

Que la intimidad del hombre es impenetrable.

Que no se puede saber lo que amó, ni lo que desprecia, ni lo que odia, porque la revelación de cualquiera de esos sentimientos es contraria a la política.

Que el visitante lo provoca.

Que el visitante es un izquierdista abstracto, pero se da cuenta de que lo es.

El hombre hablará primero de lo más general; luego de lo particular, de lo cercano, al fin de lo íntimo.

\* Al principio es el mundo en general, el Imperio, los Estados Unidos en Vietnam, caso Mao.

\* Luego es América, Cuba, Bolivia, el Che.

\* Finalmente es la Argentina, es él, es el futuro.

\* ¿Qué debe quedar en pie?

\* Que el hombre no es ni puede ser lo que otros quisieran que fuera.

\* Que aunque las cosas que el hombre diga sean conciliables con el Sistema, él en contacto con el pueblo deja de serlo.

\* Que el hombre duda entre las distintas formas del poder.

\* Que el hombre sufre con su exilio.

\* Que el hombre tiene una actitud casi china ante el tiempo: la paciencia.

\* Que el hombre es un criollo viejo, ladino, cortés.

\* Que la intimidad del hombre es impenetrable.

\* Que no se puede saber lo que amó, ni lo que desprecia, ni lo que odia, porque la revelación de cualquiera de esos sentimientos es contraria a la política.

\* Que el visitante lo provoca.

\* Que el visitante es un izquierdista abstracto, pero se da cuenta de que lo es.

\* Que entre el hombre y el pueblo ha existido un secreto que él no conoce, y quizá el hombre tampoco.

272 Reproducimos a continuación un plan mecanografiado del relato, fechado (a mano) el 9.5.72 y con el encabezamiento "Rec 1."

\* Que el hombre quizá no sepa por qué lo quiere la gente.

\* Que el hombre volcó en la política todo su instinto paterno.

\* Que el hombre alude perpetuamente a sí mismo, el óleo de Samuel, el conductor, etc.

\* Ahora voy a sacudirlo<sup>273</sup>.

---

<sup>273</sup> Agregado a mano.